

EL PAIS (25-10-92)

Los tordos

MANUEL VICENT

El dinero tiene alas, y por eso ha volado. Como un nubarrón de aves migratorias, por el cielo de los países industrializados viaja una masa de 600.000 millones de dólares buscando invernaderos, y durante el camino a veces necesita bajar para alimentarse. Así lo hacen también los tordos. Cuando divisan desde las alturas un olivar bien repleto, se tiran en picado, expolían el árbol y al menor peligro levantan el vuelo y se largan, no sin llevarse una aceituna en cada garra y otra en el pico. España ha sido un buen olivo estos últimos años, y mientras los pájaros estaban en sus ramas zampando con furia, los socialistas, a su sombra, han bailado a fondo una gran zarabanda. El despilfarro se ha convertido en cultura, la volupciosidad del dinero ha sustituido al talento. El Gobierno no ha sabido aprovechar el paso esporádico de los dólares para estructurar, renovar y asear con inteligencia y austeridad nuestro país. No hay que llorar ahora que los tordos han huido. Regresarán más voraces todavía cuando haya aquí una comida sustanciosa, y tal vez volverán a limpiarnos el pesebre si seguimos siendo igual de tontos. De momento, ya han llegado los carroñeros. Estos buitres de cuello pelado y gafitas en la punta de la nariz han entrado a saco sobre los despojos de la Bolsa, contra las empresas en quiebra. Ellos reirán mañana, mientras los periodistas seguiremos cultivando hasta la ridiculez el pensamiento binario: si las cosas van mal, sólo será noticia aquello que todavía vaya peor, si las cosas van bien, nada que no sea la propia euforia infantil se tendrá en consideración. Que estén tranquilos los pesimistas: ya hemos conquistado de nuevo nuestra pobreza, y ahora queda por alcanzar la miseria, pero pasada la crisis, cuando dentro de unos años vuelvan los tordos, que nadie haga el idiota de alegrarse sin motivo: sólo hay que esperar que el Gobierno de turno, cualquiera que sea, no los deje escapar otra vez, que los eche en la cazuela, pero no para unos pocos, como ha hecho hasta ahora, sino para todos.



El Roto para "El Mundo"

Si España no cambia, estaremos más cerca de Turquía y de Marruecos que de Occidente": Ignacio López de Arriortúa, vicepresidente de General Motors.



Como López de Arriortúa lleva tanto tiempo fuera de España, no sabe que este país ya cambió en 1982 ¿o no?

Nicolás Redondo: "Solchaga y Aranzadi deberían ir al paro"



El Mundo", a propósito de Cándido Velázquez: "Hay algunos que en lugar de corazón tienen una calculadora"



Sin comentarios.

Northern Telecom España (NT), ha firmado un contrato con Telefónica para el suministro de su sistema de transmisión de datos DPN 100 con destino a la red Iberpac Uno. Para Marcelino Oreja, presidente de NT España "este pedido reafirma nuestra relación con Telefónica y supone un acercamiento entre los profesionales de ambas compañías".



Este pedido lo que reafirma es la incapacidad que, como país, tenemos para coordinar nuestros esfuerzos. Con Alcatel, Ericsson y ATT reduciendo personal de forma contundente y cerrando plantas, Marcelino Oreja habla de acercamiento entre profesionales. ¡Vaya jeta!

Carlos Solchaga: "El objetivo del Gobierno en materia económica es de dos tipos: aumentar la confianza doméstica e internacional en nuestra política económica y aprovecharnos de la recuperación de la economía mundial cuando ésta se produzca".

De seguir esta receta, la chapuza volvería a repetirse, la cultura del pelotazo a resurgir y seguiríamos sin tener un país serio.



De Ricardo y Nacho para EL MUNDO

EL MUNDO (24-11-92)

Lo que no puede ser

JESUS ALBARRACIN

El Gobierno está decidido a que la economía española esté en el grupo de cabeza que construirá la Unión Económica y Monetaria de 1997 y no hay nada que pueda detenerle. Ha apostado decididamente por un proyecto cuya viabilidad es dudosa pues ya ha sido rechazado por Dinamarca, todavía no ha sido refrendado por el Reino Unido y Alemania y, para salir adelante, todavía debe enfrentarse a una recesión que puede ser pavorosa, porque la política de convergencia tiende a agravarla. Ha convertido el tipo de cambio en un objetivo supremo en cuyo altar hay que sacrificar todo, subvirtiendo lo que dice el sentido común que el tipo de cambio es un medio y no un fin en sí mismo y que los objetivos son el empleo, el bienestar, el desarrollo, etc. Y está dispuesto a que la sociedad española pague el precio, poniendo en práctica una política económica tan regresiva y dura como sea necesario.

Ayer fue el Plan de Convergencia, el "decretazo", las subidas del IRPF y el IVA, el recorte unilateral de los salarios de los funcionarios y un presupuesto fuertemente recesivo para 1992. Todo esto no ha podido evitar la especulación contra la peseta de septiembre, ni la devaluación de entonces ni la de ahora. Hoy es una nueva vuelta de tuerca en ajuste para compensar la nueva devaluación: "criminalización" de los salarios, posibilidad nada remota de que el despido libre colectivo termine pronto en las páginas del BOE, elevación de los tipos de interés, etc. Tampoco se detendrá por esto la especulación contra la peseta. Y mañana ¿quién sabe?, 20.000 despidos en el INI, nuevas agresiones al seguro de paro, venta de la cantidad a precio de saldo, legalización del prestamismo laboral, etc. Todo vale con tal de que en 1997 el presidente González se pueda sentar en la mesa de los elegidos para liderar la Unión Económica y Monetaria. Pero esto no ocurrirá.

Porque la economía española no es del grupo de cabeza de la comunidad y, con la política del Gobierno, mucho menos lo será en 1977. El PIB per cápita español representaba en 1989 sólo el 58,5% de la media de los cuatro principales países de la CE —Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido— y ello se debía, en parte, a que la productividad era menor —el 76,5%

de la media de la CE— pero también a que en la economía española trabaja menos gente: 323 por cada 1.000 habitantes frente a 422 en la CE. Y esto último es lo importante, porque si en nuestro país trabajara el mismo porcentaje de la población que en la CE, el desfase en el PIB per cápita se reduciría en 18 puntos.

El Gobierno ha basado su política en el aumento de la productividad y el resultado ha sido que, en la actualidad, el empleo es notablemente menor que el que había en 1975 mientras que, en ese período de tiempo, la población activa potencial ha crecido en casi tres millones y medio de personas. Se ha desperdiciado la potencialidad de la economía española y, a juzgar por las previsiones del Ministerio de Economía —500.000 ocupados menos en 1992—, se seguirá desperdiciando. Con esta política, nos hemos alejado de Europa y, en el futuro, nos seguiremos alejando.

Estos factores estructurales han tenido su traducción en las cuentas exteriores. Desde el primer momento de la integración en el CE, se puso de manifiesto la incapacidad del aparato productivo español para resistir la competencia exterior: el déficit comercial ha pasado del 3,2 por 100 del PIB, en 1985, el 6,4 por 100, en 1991, llegando a ser el más importante comparativamente entre los países industrializados.

¿Cuál es el tipo de cambio de la peseta que restauraría el equilibrio de nuestra balanza de pagos o, al menos, que reduciría significativamente tan importante desequilibrio? Dadas las condiciones de la economía española y el contexto ultracompetitivo que se ha instalado en Europa desde el Acta Unica, probablemente no existe.

El Gobierno socialista está empeñado en mantener la peseta en el SME a toda costa, pero el precio a pagar puede ser enorme y, al final, no conseguirá su objetivo. El capitalismo se ha convertido en un enorme casino y no cabe esperar que nadie apueste por el perdedor porque la debilidad de la economía española es sobradamente conocida. Y el SME se ha transformado en un monstruo que devora a sus hijos y que no recuperará la estabilidad completa hasta que no esté formado exclusivamente por el marco y sus satélites.

Como decía El Gallo, "lo que no puede ser no puede ser y, además, es imposible". Es necesario que la peseta salga del Sistema Monetario Europeo para que la política económica pueda recuperar margen de maniobra para hacer frente a la actual recesión y a los problemas de la economía española. Esto no sería nada raro ni supondría marginarnos: sólo significaría seguir el camino que ya han iniciado países más fuertes que el nuestro, como Italia o el Reino Unido.